

MI PASO POR CABRA (CON CARMEN, POR SUPUESTO)

Antonio Luque Alaya

1. EL DESTINO

Fue en el año 1971. Estaba de provisional en un colegio de Madrid. Esperaba la plaza definitiva el concurso general de traslados. Las listas salieron en el mes de abril.

- Antonio, te ha tocado el pueblo de Cabra... Un compañero me lo notificó.
- ¡Qué suerte! Al lado de mi familia. – Pensé: Cabra... Córdoba... Sevilla...

No. No habían leído la letra pequeña. Cabra del Santo Cristo de Burgos. ¡Toma ya! ¿Dónde está?

A mi pregunta hallé montones de respuestas y datos de mis compañeros. Un pueblecito de la provincia de Jaén. En Sierra Mágina. Olivos, olivos y más olivos, fábrica de aceite (más tarde aprendí que se llamaba almazara) y también esparto.

Bueno, ahí tenía mi plaza. Tendría que, por lo menos, ir a conocerla y después decidir si quedarme o no.

Aproveché un puente del Corpus. Nos fuimos mi novia (Carmen) y mis futuros y actuales suegros y mi cuñado.

Llegamos a la estación por la mañana temprano. Primera sorpresa,: los días de fiesta no pasaba ningún autocar y el pueblo, creo recordar, quedaba a once kilómetros. Afortunadamente, gracias a la amabilidad de las personas que vivían en la estación, vino a recogernos Juan con el autocar pequeño. En el camino recordaba cosas que me habían pasado en la información: olivos, olivos y más olivos. Se respiraba puro. Al doblar una de las innumerables curvas apareció... ¡El pueblo! Blanco inmaculado. A primera vista nos pareció precioso. Nos instalamos en la pensión.

Después de asearnos, preguntamos por la escuela. Segunda sorpresa: había más de una, un colegio público y una escuela regida por monjas. ¡Caray, con lo pequeñito que era y cuántos niños! Me imaginé una escuela unitaria, una clase para niños y otra para niñas. Ya tenía experiencia de este tipo de colegios en una unitaria del pueblo de Zarzalejo, en la provincia de Madrid.

Llegamos. ¡Qué maravilla! El recinto era precioso, con ocho aulas adosadas de dos en dos. En frente... tercera sorpresa: ¡las casas de los maestros!. Total, que tropezabas y caías dentro de la Escuela. Las casas, como se diría hoy en día, eran chalecitos adosados con dos plantas, patio, salón, tres habitaciones, servicio, luz, agua corriente... de todo. Un lujo. No lo esperábamos.

2. LA TOMA DE DECISIONES

El pueblo ya estaba visto. ¿Y ahora qué? Casi todos los aspectos entraban en la balanza de lo positivo. Había un pero... la distancia, las comunicaciones. No teníamos coche, bueno, a decir verdad no teníamos casi “ná”. Reflexioné y propuse una situación a Carmen, mi novia, mi mujer.

- Mira, me voy durante dos o tres cursos. Mientras, con tu sueldo y el mío vamos arreglando el piso de Madrid. – Ella me contestó:
- No me gustan los noviazgos epistolares.
- ¿Entonces?
- Que nos casamos y nos vamos los dos.
- ¿Queeeeeeeeeé? ¡¡Pero si no tenemos ni un duro!! (de los de antes). Tú eres muy joven, no te has separado nunca de tu familia y no sabes... ¡Cocinar!
- Todo se aprende – Dijo Carmen.

En fin, lo podéis imaginar... Mi paso por Cabra del Santo Cristo de Burgos (con Carmen, ¡claro!).

Nos casamos el 29 de julio de 1971. Hicimos el viaje de novios con otra pareja amigos de Barcelona, ellos se casaron el 3 de agosto. La

última etapa del viaje fue, por supuesto, Cabra. Nos ayudaron a trasladar pequeños enseres. Estuvimos en el mes de agosto. Fuimos a un cine de verano y por ser caballeros y prestar nuestras chaquetas a las damas, casi nos morimos de frío.

Contactamos para el resto de la mudanza con Pepe Lara, magnífico amigo y persona. El coche lo traíamos a tope. Para colmo, al parar en Santa Elena, a Carmen le gustaron unos jarrones. Los compró. Casi los teníamos que llevar con una cuerda atado al parachoques, porque no cabía ni un alfiler... cosas de mujeres.

Llegamos de noche. Teníamos unos pocos muebles que habíamos apalabrado. La cama sin almohadas... dos meses. Hicieron de ellas unas pieles de borrego que compramos en Tossa destinadas en un principio para alfombras de pies. También teníamos el sofá, la mesa del salón y un montón de cajas que hacían las veces de estanterías. Éramos felices y aún más según fueran pasando los acontecimientos.

3. CABRA. EL PASO POR...

Llegamos con tres días de antelación al curso. Teníamos que preparar los documentos necesarios para la toma de posesión. Afortunadamente nos encontramos con unos padres llovidos del cielo, Antonio Sánchez y su mujer Anita, compañeros de colegio. Después más familias (todos compañeros) y muchos padres que nos conocieron. ¡Qué maravilla! ¿Cómo se dice esa frase? “Caímos de pie”... o tal vez ese ángel que todos llevamos se dijo: -“Bueno, vamos a echar una manita a estos pardillos, que si no...” ¡Menuda manita!

4. LAS CARAS DE BÉLMEZ

Al segundo día, llegó al pueblo una noticia: habían aparecido unas caras en el hogar de una familia en Bélmez.

Fuimos varios compañeros a verlas. Aunque ante estos hechos reconozco que soy escéptico y no estaba seguro de su autenticidad, no

dejaba de ser algo... ¿extraordinario? Hubo comentarios para todos los gustos.

Regresamos a Cabra sobre las 13:30 horas, cuando oigo decir:

- Vamos a ligar a la plaza-

La mayoría estaban de acuerdo. Me invitaron a ir con ellos. ¿Cómoooo?... Unas personas casadas y con niños se proponían “ligar” en la plaza del pueblo... ¡en plena luz del día. No me lo podía creer. Contesté que no, claro. Uno recién casado, ¿cómo iba yo a “ligar” en la plaza del pueblo? ¡Ni hablar!.

Bueno, no tardé mucho en darme cuenta que eso de “ligar” se refería a tomar unas cervezas o unos vinos con sus respectivos aperitivos y no como en Madrid, que “ligar” era irse con chicas. Qué bonito la diversidad del sentido del lenguaje español. –se supone que hubo risas, ya no me acuerdo (o no quiero acordarme) ¿Cómo se dice? ¿Meter la pata o algo así...?

5. MIS NIÑOS

Llegó el día. Estaba preparado y con ilusión. Me adjudicaron un primero de básica, niños y niñas de seis años. Era estupendo, llevaba cinco cursos con los pequeños en Madrid.

¡Qué carillas! Allí estaban todos... mis niños durante cinco cursos. Genial, me gustaban las clases de niños pequeños, era gratificante y además los resultados eran espectaculares. No me lo esperaba, pero el nivel de los “zagales” era bastante aceptable. Algunos ya sabían leer. Esta era la primera tarea en primero.

Recuerdo una anécdota, vosotros quizá no. Había un gitanillo, la verdad muy “salao”, no estuvo todo el curso y faltaba bastante a clase. Aprendía las vocales, pero cuando volvía al cabo de los tres o cuatro días, las volvía a olvidar. Las llegué a poner dibujadas en la puerta de entrada por dentro... ni por esas, siempre las confundía, vuelta a empezar.

Creo que fue en segundo curso cuando nos trasladamos a unas aulas que habían al lado del comedor. Allí permanecimos el resto de la primaria.

Hay muchas anécdotas que contar, pero una curiosa: conseguimos que Chiqui aprendiera a atarse los cordones de los zapatos... en más de un año, pero lo consiguió. ¡Campeón!

Otra, el disco que teníamos para ir al baño: como la clase era mixta, teníamos que tener cuidado con atascos a la hora de... y menos combinar sexos. Solución: el disco estaba pintado de verde por una cara y rojo por la otra. Cuando alguno de vosotros tenía ganas... ponía el disco en rojo y ya nadie podría entrar, y a la salida otra vez se ponía en verde. Esto del semáforo fue un buen invento, ¿no?

6. BASILIO, AMIGO EN EL RECUERDO

Uno de los recuerdos importantes de nuestra estancia en Cabra fue conocer a Basilio, compañero y amigo.

Es normal que dentro de las posibilidades de convivencia entre compañeros, te encuentres más “a gusto”, con personas afines a tu forma de ser, edad... Que conste que siempre me he llevado bien con todos, pero... Basilio era distinto, diferente... era él.

Desde el principio fuimos aceptados con cariño por él y su mujer, Nico, como familia, como la nuestra. Con ellos mantuvimos una estrecha relación durante nuestras estancias en Cabra y después en Madrid, donde coincidimos como maestros.

Lo pasábamos muy bien juntos. Bueno, a decir verdad era el único que al principio jugaba conmigo de compañero al dominó, porque con lo malo que era, nadie se atrevía a perder el café, sólo él. ¡Qué paciencia!

Buenos ratos pasábamos en las tardes frías de invierno jugando al parchís los cuatro, con nuestras mujeres. También al Monopoly, aunque él casi nunca jugaba, le gustaba hacer de cajero y que las peleas las hiciéramos los demás. Después echábamos nuestras

“ligaíllas”, sí, esas del tipo Cabra... cervecita y aperitivos, contando chistes y ocurrencias. Como era de carácter un poquito serio, más de una vez me decía: “¡Para ya de contar chistes, que se me van a abrir las “quijás” de tanto reír!”. Porque Basilio era, como dije, un poquito serio, correcto.

Algunas tardes nos íbamos a la iglesia a jugar al ping-pong con D. Luis, el cura. ¡Menudas palizas me pegaban! Era la percha que se llevaba todos los palos. Otro ratito juntos, sencillo pero a gusto.

Otras veces pasábamos el rato escuchando música o viendo el partido de fútbol por la tele. Pero lo más importante que recuerdo es el inmenso respeto que tenía por nuestras costumbres. No es que hubiera grandes diferencias, pero sí distintas formas de hacer. Ni una queja, ningún mal modo, todo le parecía bien.

Se marchó a Madrid un año antes que yo. Estuvimos a punto de coincidir en el mismo colegio. Me hubiera gustado. Madrid, de todas formas, es más impersonal. Nos seguíamos viendo, aunque las distancias, no muy largas, se hacían eternas. El ritmo es diferente, pero seguíamos viéndonos y pasábamos los mismos ratos que en Cabra.

Tienen un hijo, mi sobrino Dieguito, y después otra sobrinita, Marta, porque para sus hijos nosotros somos los “titos”.

Un día, cualquier día, coincidió una de nuestras reuniones en nuestra casa. Comentando, me dijo que tenía que ir al médico por algunos problemillas. No fueron problemillas, al cabo de un corto tiempo, creo que se marchó para enseñarnos el camino al cielo... ahí está Basilio... en el recuerdo para siempre... AMIGO.

7. EXCURSIÓN A MOTRIL

Fue al final del primer curso de nuestra estancia en Cabra, cuando nos propusieron a Carmen y a mí acompañar a los niños de octavo, segundo de la ESO actual, a una visita a Motril.

La mayoría de los chavales no conocían el mar. La experiencia les iba a resultar de lo más gratificante. Nos trasladamos en autocar, el presupuesto estaba financiado por los padres y el Ayuntamiento de Cabra, en gran medida por su Alcalde D. Emilio Justicia.

No recuerdo muy bien si fueron tres o cuatro días. La estancia fue en Colegio Mayor de la ciudad que previamente se apalabró, puesto que la mayoría de los alumnos, que eran de bachillerato, habían terminado el curso.

Es normal que antes de la partida se les de a los niños una serie de normal de comportamiento. Después, claro, a algunos les entran por un oído y les sale por el otro, ¡niños! La primera faena nada más llegar: según salían del autocar les indicamos la entrada y que fueran de manera ordenada. ¿Ordenada?... ¡En estampida salieron! Pero con tan mala suerte que el primero, que seguro que no había visto ninguna en su vida, se topó con unas puertas de cristales automáticas, a las que no les dio tiempo a abrirse... ¡Zas! Entró, claro... atravesando los cristales. Menudo susto nos dio. Tuvo que ingresar en el hospital. Menos mal que el accidente no llegó a mayores.

La primera madrugada también fue estupenda. Creo que no pegamos ninguno ojo en toda la noche. Comento: había una especie de elefantes en forma de mosquitos que, incluso tapados con el calor que hacía, nos picaban. Bueno, eso de picar creo que es suave, tenían mala leche. Para la segunda madrugada creo que terminamos con todos los insecticidas que tenían en el pueblo.

En fin, la experiencia fue magnífica. Lo pasamos muy bien. En la vuelta, y para que los angelitos no pasaran hambre, a algún gracioso se le ocurrió decir: “Pues les hacemos un par de bocatas”. Dicho y hecho. Callos me salieron en las manos de tanto cortar el pan. Pero lo importante en estos casos fue el final, regresamos todos, y algunos casi enteros...

8. LA OBRA DE TEATRO

En segundo curso me la liaron. ¡Vaya si me la liaron! Al principio del tercer trimestre varios “profes”, entre ellos Basilio, Miralles y Juan Montes, se propusieron a realizar una obra de teatro donde los participantes eran los niños y niñas de octavo curso. Acepté gustoso a ayudarles. Pasado un tiempo nos dimos cuenta de que el papel principal de la obra era bastante complicado y extenso para un niño. Entonces ocurrió...

Uno: - ¿Y por qué no haces tú el papel principal? (Ese tú era yo, Antonio Luque)

- ¿Queeeee? Contesté con otra pregunta.
- Sí hombre, tú das el perfil, bajito, feo... y además sabes estudiar - dijeron ellos
- ¡Venga ya! ¿Me estáis tomando el pelo? – Dije yo con mucho carácter.

No sirvió de nada mi carácter. No sé si algunos lo recordáis, pero al final hice de “Bartolo” en la maravillosa obra de Molière “El médico a palos”.

El colmo fue que la obra se representó para todo el pueblo, en el patio de arriba. Tengo que decir que si hubiera estado un representante artístico, ahora estaríamos trabajando en Hollywood. ¡Qué bien lo hicieron los chavales! Y mi mujer, en la obra María, más grande que yo, hermana Miguel, el que me regalaba miel, estuvo genial. Otra experiencia...

9. D. LUIS

El párroco del pueblo. Convivimos durante cuatro años. No lo puedo olvidar. Para nosotros, una de las personas más extraordinarias que conocimos. Teníamos muchas cosas afines. Una, la música clásica. Él tenía más conocimientos, nosotros nos estábamos aficionando. Muchas tardes las pasábamos Basilio y yo con él escuchando música. A veces decía: “Dile a Carmen que prepare merienda, hoy escuchamos música en tu casa”. Seguro que de paso por Úbeda se había comprado un disco nuevo.

Lo más importante, para Carmen y para mí, fue el tremendo respeto que tenía por nuestras ideas. Os cuento:

En aquella época era muy difícil y bastante raro, que unas personas no fueran a Misa los domingos. Imaginarlo en un pueblo pequeño y con unas raíces religiosas bastantes profundas, que nosotros respetábamos, aun más, Carmen y yo teníamos otras ideas. En Madrid y cada uno por su lado, tuvimos unas experiencias nefastas en nuestro entorno religioso. No tenía nada que ver con motivos políticos, claro, en aquellos tiempos no “existía” la política, ni con cualquier clase de ideología, simplemente nos habíamos convertidos en “¿areligiosos?”. No sabríamos explicarlo.

Pero lo más importante en nuestra convivencia con D. Luis, repito, lo más importante: ¡nunca, nunca! En el tiempo que duró nuestra convivencia nos preguntó: -¿Por qué no vais a Misa? ¡extraordinario!, y que en aquella época era, ¿cómo se diría?... ¡Muy fuerte! Gracias D. Luis.

10. LA DESPEDIDA

En 1973 nació nuestro primer hijo Antonio, en Madrid, pero “fabricado” en Cabra. Se fue haciendo mayor. Los abuelos no se conformaban con vernos sólo en vacaciones. En el año 1976 Carmen quedó embarazada otra vez, nació Carmencita en 1977. Ya eran dos hijos (y dos nietos.) En nuestros proyectos la idea era estar ocho años en Cabra y seguir con vosotros hasta octavo de básica. Las circunstancias mandaron. En el curso 1975-1976 pedí el traslado. Me lo concedieron. Ese año también se marchó Antonio Sánchez y familia.

Nuestra marcha no fue definitiva. Nuestro paso por Cabra iba a continuar. Durante bastantes años íbamos a seguir compartiendo algunos días de verano. En la piscina, en el pueblo. Sabía de vosotros al menos una vez al año. Empezasteis a crecer. Siguieron vuestros estudios, bachiller, universidad, trabajos.... Algunos y algunas os casasteis.

Todo ello estuvo motivado por otra gran amistad hecha en Cabra, que con el paso del tiempo se hizo más profunda y verdadera. Me refiero a otro gran Maestro y amigo vuestro: Antonio Linde y familia. Por él he sabido siempre de vosotros.

Tengo que dar las gracias a Cabra porque continuamos siendo amigos, más que amigos familia, a través del tiempo, que nunca ha pasado por nosotros. Y son ¡treinta años juntos! Y seguimos.

Antonio pidió el traslado, creo que en el año 1989. Durante todo ese espacio de tiempo estuvimos visitando Cabra. Dejamos de ir. Quedan muchas mas cosas en el recuerdo. No quiero ponerme pesado, pero...

Quiero agradeceros a vosotros y a muchas familias de Cabra, las muestras de cariño, que siempre hemos tenido, y aunque ha sido un corto periodo de tiempo, hay cosas en la vida que no se pueden olvidar: mi paso por Cabra (con Carmen, por supuesto).

Gracias.